

bordes del río. Hasta pasar el puente levadizo que daba sobre la plaza de Luis XV no hubo novedad. Pero, al volver desde tamaño puente á su hogar el Rey, las amenazas más terribles reventaron sobre su cabeza y se metieron entre sus pies los desacatos más soeces. Insultos de cajón, calumnias de rúbrica, vociferaciones de club, gestos de menosprecio, cuando no de horror; todo aquello que apurara á la Monarquía en los momentos más adversos de su crisis terrible; todo se agravó con creces por lo espantoso de aquel agonizar del principio político y de la tradición histórica, que durante siglos y siglos fuera como la forma natural de la cristiana sociedad. El clamor parecía de aquellos clamores dados por los pueblos antiguos en el teatro y en el circo, que, subiendo á las alturas, derribaban por tierra malheridas, al susto espantoso, las aves del aire. Quien primero quedó sorprendido, fué sin duda el ministro de Marina, que, á la ventana lanzado, vió con horror el tumulto y se cubrió por un movimiento natural é indeliberado el rostro con las manos. La Reina, sentada un minuto, como para recoger fuerzas, con que continuar la batalla, se conmovió también al fragor, y se arrojó á la ventana, sacando el cuerpo todo con tal impetu que parecía querer desprenderse por el aire y estrellarse contra la tierra. El Ministro, no obstante los preceptos de la etiqueta, observados en aquella época con tanta fidelidad, arrancó á la ventana el cuerpo de la Reina, como se usa en todo peligro, y la condujo á un rincón, desde cuyo ángulo se oía menos la tempestad, haciendo lo que hacen quienes se cierran los ojos para no ver el relámpago y se tapan las orejas para no oír el trueno. Pero á la infeliz no podía ocultársele cuanto pasaba en aquel apocalíptico minuto, y sintiéndose ya perdida para siempre, con la extinción de sus esperanzas, soltó el último asidero donde se agarraba su deseo, y cayó sin fuerzas, sin voluntad ni pensamiento, en las espirales del naufragio.

Muchas y muy acerbas amarguras el Rey devoró en su tempestuoso reinado. El día en que las muchedumbres tumultuadas lo arrancaron del santuario de la vieja tradicional realeza y lo condujeron cautivo á París; el día en que lo rodearon las muchedumbres en el Palacio de la Ciudad, y lo expusieron desde su balcón, parecido al balcón de Pilatos, como el tradicional Ecce-Homo, trocado en caña el cetro y en corona de agudas espinas su corona de brillantes; el día de la fuga, promovida por el general Bouillé y organizada por el caballero Fersen, disfrazado de burgués todo un Monarca y en camino de que lo arrastraran y trucidasen por sus traidoras complicidades con los enemigos extranjeros; el día de su regreso á las Tullerías, tras esta fuga, entre picas é insultos; el día en que juró la Constitución, viendo una silla más alta que su silla en la presidencia del Congreso Constituyente y una ley mas poderosa que su voluntad soberana; el día de la irrupción del pueblo en su hogar insultándole y obligándole á poner sobre la cabeza donde brillaba la tiara de Carlo-Magno el gorro colorado; todos estos días juntos no pueden acercarse al terrible día de Agosto en que concluyó la monarquía tradicional para siempre

y vino la República. Tras tantos ultrajes en aquella calle de amargura que corriera entre picas é insultos, sólo por cumplir y realizar la revista, entró desencajado con el desencaje de los enfermos mortales en la hora suprema de su postrer agonía. El sudor á chorros le bañaba, sudor que á sus devotos parecía el sudor litúrgico de sangre derramado por el divino Mártir al pie de las olivas del Huerto y en las pedregosas cumbres del Gólgota. La vergüenza del rostro concordaba con la humillación del alma. El menosprecio aquí, el insulto allá; las picas vibrantes contra él como áspides rojos de viboras exacerbadas; los sables, forjados para defender la persona real, en las vainas, y las propias bayonetas de sus fieles doblándose al motín como cañaverales al viento; las reverencias de otros días, rayanas en culto, hechas ahora desacatos, que no se dirigirían á un asesino apresado en crimen flagrante; los clubistas ladrándole y mordiéndole, con los ojos fuera de sus órbitas y las lenguas destilando baba hidrófoba; las amenazas de muerte despedidas sobre su cabeza por turbas desatinadas y enloquecidas, le persuadieron á una imperturbable resignación interior, con la facilidad con que se persuade todo ánimo, de suyo paciente, y todo carácter, de suyo pasivo, á la paciencia. Y, en verdad, no había motivo para otro estado de ánimo, experimentando Luis XVI todo lo que al paso de su revista experimentara y viendo todo lo que veía. No traspasó la puerta de su hogar cuando ya comenzó la deserción en los defensores del trono que rodeaban el Palacio. Los milicianos de las terrazas del Sena se pusieron en línea de batalla y tornaron las bocas de sus cañones contra las Tullerías, esperando con los brazos abiertos y no con las bayonetas caladas, á los marseleses sublevados, mientras en el patio real se desbandaban batallones enteros, sobrexcitados por los gritos y los aplausos de las muchedumbres que á tal deserción los movían y los empujaban. Unid á esto el plañido lúgubre del rebato que anuncia la guerra y la matanza; el despertar y esperezarse de la revolución, parecida de suyo á una inmensa boa, pugnando por enroscarse á la ciudad con sus anillos constrictores; la sorpresa de todo un pueblo, convertido en acompañamiento forzoso de los revolucionarios por instintiva curiosidad y gritando porque se gritaba en todas partes; el avance de dos ejércitos improvisados que arrastran en sus turbias corrientes todo aquello inveniido al paso, y dirigiéndose con espantosas vociferaciones y amenazas terribles á las Tullerías, asediadas ya por el odio público; los clamores de libertad ó muerte sumados al fragor y estruendo natural de una ciudad que recordaba las tormentas oceánicas; los golpes dados á las puertas del Palacio por los jefes de la rebelión, golpes que parecían tener una resonancia siniestra en los cóncavos espacios de la inmensa eternidad; y decidme si no tenían razón los defensores del Monarca en comparar todo esto al monte Olivete donde Cristo recibió su cáliz, al Pretorio, en que lo azotaron, á la ventana del escarnio, á la calle de amargura indecible, á la Crucifixión y á la muerte. Los únicos factores populares puestos á devoción de Luis XVI en aquel trance, los diputados de la provincia, presididos por Roederer,

se dieron á inspeccionar la defensa, buscando algún rescoldo de calor á sus esperanzas y alguna pavesa de ilusiones. Todo inútil. Mientras el general de los insurrectos, Westermann, sabía dónde iba, y llamaba con redoblados golpes á las puertas del Palacio para que se abriesen de grado á una insurrección que no podían evitar por la fuerza, los soldados de la Realeza vacilaban, y no sabían dónde se hallaban sus propios deberes y con sus propios deberes la salud nacional. Así, los inspectores de la defensa volvieron al Palacio desolados y desesperadísimos en busca de la real familia. Una selección instintiva se había ido formando de manera indeliberada entre los realistas de corazón y los realistas de boca. Los más miedosos, los más inciertos, los por naturaleza pacientes, habían ido poco á poco desfilando, y sólo quedaban, en aquella selección instintiva, los valerosos y los resueltos. Notando que por la noche había, en lo lejano del peligro, más gente, y por la mañana, en lo próximo, mucha menos, llegaron al sitio donde se hallaba Luis XVI con su regia familia. Estaba el Rey en su regio gabinete, á la mesa del despacho asentado, con tal indiferencia, que se diría esperaba los ministros, no los insurrectos; la Reina, frente á él, sobre un taburete, á su lado tenía la princesa, entre sus rodillas los niños, á sus espaldas la princesa Lamballe y madame Touzel, compañeras inseparables de su infortunio, luchando y reluchando todavía, como todos los ánimos fuertes, resistiéndose á beber el agua de su naufragio, después de haberle abandonado su cuerpo; y los ministros y los gentiles hombres allí presentes, en una horrible situación, en la peor de todas, en una perplejidad, mensajera de la catástrofe. Roederer entró, y apenas entrara, cuando dijera que debía sin retardo hablar con los Reyes, y, para este fin, deseaba quedarse á solas con la familia real. En efecto, damas de honor, ministros del Consejo, nobles de servicio desalojaron la regia cámara, y el jefe de la diputación provincial se quedó solo con la familia real, triste resto del naufragio espantoso de la malherida Monarquía.

En cuanto se quedaron solos, Roederer mostró lo angustioso de la situación y lo supremo de las circunstancias, así en su gesto y actitud arrebatados, como en su palabra encendida por un extraordinario calor y acentuada por una grande impaciencia. El Rey vió en estos ademanes lo que le venía encima, y como costase mucho á su irresolución el resolver, llamó á los Ministros para que le ayudasen al trabajo penoso de producir una determinación suprema, incompatible con su temperamento linfático y con su carácter muy conforme y muy resignado á la fatalidad. Entraron de nuevo los Ministros, y reunido allí todo el poder irresponsable, junto con todo el poder responsable, oyeron en silencio las proposiciones de Roederer, todas ellas formuladas con una grande claridad y dichas con un acento firmísimo. Según su leal saber y entender, el apremio al Rey por las circunstancias era tan apresurado que no podían perderse ni cinco minutos; inciertos los milicianos más fieles, subvertidos los cañoneros más cercanos, vueltas contra el palacio las armas requeridas en su defensa, embocados los cañones hacia la entrada del puente leva-

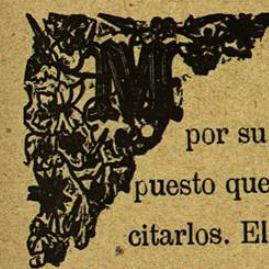
dizo para barrer de leales los jardines, diseminadas las municiones en el suelo por las manos mismas que debían cargar con ellas sus fusiles, derramado el pánico por todas partes moviendo á la desertión en todos los armados, el general de la plebe cercano al seguro de la Monarquía; por todo lo cual corroboraba lo dicho en las altas horas de la noche y confirmado por las doce horas últimas, la necesidad en que se hallaba la real familia de buscar un asilo en el sitio único, accesible á su naufragio, en el Congreso nacional. El Rey recelaba de resolver cosa ninguna en aquellas mismas angustiosas circunstancias; y muy dado á los aplazamientos, preguntaba si convenían los diputados departamentales en el pensar y en el sentir de su síndico, demasiado conmovido, según su propio concepto, pues acababa de ver el Carrousel, la gran plaza del Mediodía, por donde las columnas rebeladas debían entrar, y notaba poca, poquísima gente, que justificase los notificados apremios. A esta increíble pachorra de Luis XVI respondió Roederer mostrando cañones por el lado de las galerías que daban sobre los muelles del Sená, cañones entre las puertas del Louvre y las puertas del Palacio, dos ejércitos avanzando por las dos riberas, un público revolucionario por completo, frente á una defensa débil, y debilitada por la incertidumbre y por la perplejidad de los defensores. El Rey meneaba maquinalmente la cabeza mientras la Reina se retorcia los brazos como si la constriñesen y ahogasen los anillos de una serpiente. Mas en minuto como aquel minuto, cuando la oprimía el hado adverso, cayéndose de su trono, abandonada de todo el mundo, no se desasía de su natural soberbio. Y así, como un diputado provincial, comerciante viejo en blondas, de quien la Reina era parroquiana, quisiese hablar, echando su cuarto á espadas, y diciendo lo mismo que su buen cofrade y síndico decía, le mandó callar con tal arrogancia que parecía tronar aun como la diosa Juno en el incomensurable Olimpo de su divinidad. Aquel representante de la burguesía, del estado llano, que cogiera merced á la revolución el cetro en sus puños acostumbrados al telar, dió dos pasos atrás y debió acordar de cuán frágil arraigo tenían las libertades populares guardadas por semejante fiereza, apartando su palabra de la conversación, como debió apartar de la Monarquía su pecho. Silencioso el deslenguado, volvióse airada nuevamente hacia Roederer la Reina y le dijo, con toda confianza en su desaparecida estrella, que aun estaba en el caso de contar con medios, con recursos, con esfuerzos para salvarse, sintiendo latir tantos corazones heroicos en su favor y columbrando en las miradas que la esclarecían lumbrere de fe con esperanza de triunfo. A tal arrebato sufrido por la impotencia, creyéndose omnipotente, contestó el síndico muy humilde, con la triste y manifiesta verdad, y aseguró que todo París caía como un alud gigantesco sobre aquel zozobranante palacio. Y dejando las arrogancias de la mujer á un lado, conjuró al marido á la partida con palabras de tan ingenua sinceridad y ademanes de tan profundo afecto, que impelieron el corazón de Luis XVI á una determinación, la cual tenía para él una inmensa ventaja, la

ventaja de ser en el fondo un aplazamiento más al término y remate de tamaño conflicto. Así, mirando á su mujer, acordóse de que era esposo, y no estaba la ocasión para que luciese su valor cualquier amazona sin pelo en pecho; mirando á sus ministros, acordóse de que naciera soberano absoluto, y no estaba el horno para roquillas ministeriales ó para consejo de ministros; y tomó su resolución suprema, con la fuerza de voluntad que sienten, cuando á cualquier cosa se resuelven, todos los irreselutos. La Reina se cubrió el rostro con las manos para no ver la última de sus humillaciones; Isabel preguntó á Roederer si respondía de que pasase incólume al Congreso su hermano; los niños lloraban al observar el gesto y actitud de sus padres; los ministros se creyeron seres inútiles, llevándose la Constitución en pedazos, aquella Constitución, cuyos cánones aseguraban la inviolabilidad del poder real; los gentiles-hombres pidieron morir al pie del viejo ídolo de sus mayores; y Roederer dispuso todo lo necesario para la partida diciendo quiénes habían de ir y quiénes no á la Cámara. Convenido todo y todo dispuesto con la celeridad del relámpago, Luis XVI dijo esta palabra que cerraba la historia del absolutismo: «partamos». También dijo Cristo en la cruz al expirar y al dejarnos su divino testamento: «Consumatum est».



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

El Congreso y el Monarca.



ADAME Staël, espectatriz y comentadora de todos estos acontecimientos, nos ha dejado una viva historia de las emociones experimentadas por su ánimo en tan suprema crisis, la cual historia conviene ahora evocar, puesto que los historiadores no deben reducirse á referir los hechos, deben resucitarlos. El relato de la gran escritora, que tanto nos interesa, refiérese á lo visto por ella desde la hora en que los Reyes fueran al Parlamento hasta la hora en que los Reyes fueran al Temple. Resumamos con fidelidad sus recuerdos, pues tal resumen brevísimo conviene á la ciencia de aquellos instantes y al examen que vamos siguiendo de sus causas y de su razón. Era el principio de la mañana, día diez, cuando á la embajadora comunican voces amigas la persecución de los constitucionales, ó sea de los políticos que con ella compartieran comunes ideas y comunes sentimientos, así respecto de la Monarquía como respecto de la Constitución. Conocer tal persecución, por la cual estuvieron á punto de ser exterminados aquellos liberales, equivale á conocer una de las fases mayores y más transcendentales de tamaña crisis. Salió muy de mañana madame Staël en su coche. Vivía ésta en una calle de la orilla izquierda que daba sobre los muelles del Sena. Y llegada cerca del puente vecino, detienen la carrera de su tiro unos hombres misteriosos, los cuales, al detener los caballos, meten la cabeza dentro del coche y anuncian cosa tan triste como que á la otra ribera del río asesinan las gentes en unas saturnales cruentísimas. Así, por un instinto de humanidad, no la dejaron pasar. Dos horas estuvieron porfiando